

En seguida encargó al famoso conde de Rossi, antiguo embajador francés, la formación de un nuevo gabinete: el conde vaciló al principio como asustado, aceptando al fin no de muy buen grado.

Su ministerio se constituyó en esta forma:

Rossi se quedó con tres carteras: la de *Hacienda*, que se proponía conservar en propiedad, y la de lo *Interior* juntamente con la de *policía*, que solo aceptaba provisionalmente; Accurci fué nombrado director de policía, y Righetti asesor de Hacienda, el duque de Regnano ministro de la *Guerra*, el abogado Cicognani de *Gracia y Justicia*, un tal de Rossi de *Comercio*, y Montanelli de *Obras públicas*.

¡Singular amalgama la que ofrecía este ministerio en su confusa mezcla del noble con el plebeyo, del constitucionalismo con el absolutismo, y de la idea monárquica con la opinión republicana! El ciudadano conde de Rossi implantaba allí, tomándolo de la Francia de Julio, aquel nuevo sistema administrativo en el que debían hermanarse elementos que se detestaban, y trabajar en buena armonía hombres que no pensaban sino en esterminarse mutuamente.

Rossi, que había pasado del servicio de Toscana al del pontificado, oponía al programa de Montanelli un contraproyecto á su manera, que consistía simplemente en proponer una especie de congreso general en Roma, al cual enviarían plenipotenciarios todos los soberanos de Italia á fin de concertar entre todos los Estados un tratado de alianza defensiva. En este plan no había, como se ve, ni mandato del pueblo, ni participación nacional; por donde fácilmente se colige cuál debió ser la indignación de los gefes de la *Italia Roja*, Rossi no era ya el hombre de las sociedades secretas, y hubo de incurrir por lo tanto en el anatema que fulminó contra él Mazzini: ¡Muera el carbonario traidor!

Mamiani, Canino, Sterbini y otros varios de la misma estofa salieron para el congreso científico de Turin, en donde se reunían todos los demagogos de Italia; y á su paso por Liorna, de regreso, fué cuando se decretó, segun se dice, la muerte de Rossi en una reunion secreta que todos ellos tuvieron con Guerrazzi. Aquella misma noche se adoptó igual decision en la fonda de Feder, y en el club de Gioberti en Turin.

Segun una version muy acreditada en Toscana, se decretó tambien en Florencia el asesinato del ministro romano en una casa de la *Via Santa Apollina*, y en presencia de Montanelli, Sterbini y Galetti. Echóse á la suerte la designacion del matador de la víctima, y recayó en Canino: negocio arreglado de antemano, porque nadie mejor que él, atendida su

posicion y sus riquezas, se hallaba en estado, no de asesinar por sí mismo, sino de encontrar puñales obedientes (1).

Verdad es que este último hecho no está probado; pero lo que sigue es mas seguro.

En el teatro *Capranica* de Roma se reunia dos veces á la semana una sociedad de mazzinianos, á la cual servia de cajero el señor Freeborne, agente consular inglés. En ella se decidió por orden de Mazzini sacar por suerte de entre ciento diez y seis asesinos, á cuarenta que tuviesen el encargo especial de proteger á su gefe; y de estos cuarenta elegir tres por escrutinio, á los cuales se daría el nombre de *feratori*, encargándose uno de los tres de dar á Rossi de puñaladas.

En las elecciones de Toscana habían ocurrido innumerables desórdenes. Los agitadores de Florencia y de Pisa invadieron los colegios electorales, y presintiendo que la mayoría de los votos no les seria favorable, rompieron las urnas. Las operaciones electorales continuaron, sin embargo, dando un resultado no muy favorable, puesto que democrático, al ministerio que rejia el destino del país.

Esto acaecia en el mes de Noviembre, cuando de improviso comienza á circular una noticia horrible. . . . El homicidio triunfa en Roma; el Quirinal está sitiado; corre la sangre. . . . vence el pueblo. . . . la Santa Sede deja de existir.

¡Ah! todo ello no era sino muy cierto.

CAPITULO IX.

ASESINATO DEL CONDE ROSSI.—ATAQUE DEL QUIRINAL.—EL PRÍNCIPE DE CANINO.—FUGA DEL PAPA PIO IX A GAETA.

El 15 de Noviembre era el dia designado para la apertura de las cámaras romanas. Inquieto el conde de Rossi por las sordas amenazas que circulaban contra él en la ciudad, decidióse á tomar algunas medidas de precaucion, haciendo venir carabineros de las provincias, á los cuales pasó revista y dió instrucciones á fin de que asistiesen á la sesion régia. Los anarquistas se irritan al saberlo, desfogan su cólera propagando amenazas, y apoyados en la guardia cívica esparcen el terror por la ciudad. Asustado el duque Regnano, les dirige una arenga en el cuartel general de la cancillería apostólica, anunciándoles oficialmente

(1) Dícese que al asesino se le prometieron de ocho á diez mil piastras.

que no habria carabineros en la ceremonia, y asegurándoles que el Sr. Rossi no queria mas apoyo que el de la guardia nacional, como quien tenia en ella una confianza ilimitada. Con esto se pasó tranquilamente la noche, creyendo el duque haber conjurado la tormenta.

En la misma mañana de aquel nefasto día, se hallaba el Sr. Rossi al lado de su muger, poco despues de haber recibido un billete de la condesa de Menou, señora francesa residente á la sazón en Roma, concebido en estos términos:

“Guardaos muy bien de concurrir al palacio legislativo, porque en él os espera la muerte....”

En el mismo sentido le escribió otra de sus amigas, la duquesa de Regnano; pero el ministro leyó tranquila y desdeñosamente estos avisos, separándose en seguida de su consorte sin manifestar en su semblante turbacion de ningun género, como acostumbrado que estaba, frente á frente de las enemistades y peligros, á encerrarse en un altivo y estóico silencio: “Os quieren matar,” le dijeron; y él pensaba en sus adentros como el duque de Guisa en Blois: “No se atreverán.”

Al bajar de su casa, situada en la gran calle del Corso, para trasladarse á la Cancillería, llegóse á él un sacerdote y le dijo en voz baja, antes de que hubiese pisado las últimas gradas de la escalera:

—No salga V. E. que van á asesinarle.

—“Nada hay capaz de hacerme retroceder,” respondió el valeroso Rossi: “la causa del Papa es la causa de Dios.”

¡Frase sublime que ennoblecerá su memoria!

Aunque poco numerosos y uno á uno, echábanse de ver acá y allá los carabineros que habian llegado de las provincias. El ministro sube al carruaje con el uniforme de gala de presidente del consejo, muy persuadido de que iba á producir gran efecto en el ánimo de los representantes del país con el discurso que llevaba preparado. Al desembocar en la plaza del palacio de la cámara, fué acojido con silbidos estrepitosos, á los cuales no prestó atencion, conservando la impassibilidad de su fisonomía. Serian como las tres de la tarde, y los diputados le esperaban ya sentados en sus bancos.

Los caballos del ministro entran al fin por la puerta principal de la Cancillería, en donde se hallaban desde por la mañana apostados en todas las escaleras del palacio los asesinos de la sociedad Capránica (1). El conde de Rossi se apea con imperturbable calma, desafiando en cierto

(1) De los cuarenta no faltó mas que uno.

modo con su altivo y majestuoso continente y su sarcástica sonrisa, el odio y el furor de sus enemigos.

Dirijiendo á la inmensa muchedumbre que se apiñaba en su derredor miradas insolentes, logra abrirse paso y comienza á subir por la escalera de la izquierda acompañado de su asesor de hacienda Righetti. De improviso se acerca á él un individuo y le da un golpe en el costado con el puño de una daga: el conde Rossi vuelve la cabeza, y en el mismo instante se lanza sobre él por el lado opuesto otro asesino y le atraviesa la garganta de una puñalada.

Sin exhalar ni un grito, saca el ministro su pañuelo del bolsillo, le apoya con mano firme sobre la herida y continúa subiendo todavía algunos escalones, neutralizando así con un resto de energía moral el efecto de la mortal herida que acababa de recibir. “¡Esto es hecho!; se acabó!” esclaman á un mismo tiempo varias voces, mientras que el ministro llegaba á lo alto de la escalera regándola con su sangre; allí pierde el color, vacila, y á la vista del pañuelo, todo teñido con los colores del asesinato, quedan helados de horror los circunstantes. Algunos de los que se habian precipitado en su auxilio, le rodean sosteniéndole y le reciben desmayado en sus brazos.

No lejos del lugar de la escena habitaba el cardenal Gazzoli, que al oír terribles clamores y al ver invadidas las primeras habitaciones de su morada por la desordenada muchedumbre, se presenta á ella no comprendiendo nada de lo sucedido, y esclama:

—“¿Adónde vais? ¿Qué me quereis? Yo soy el cardenal Gazzoli, el constante amigo del pueblo.....”

De pronto se interrumpe sobrecojido de horror á la vista de un hombre bañado en sangre, de un hombre asesinado.... de un ministro, porque al momento reconoció al conde Rossi.

Búscanse á un tiempo los socorros de la medicina y de la religion: Nina, cura de San Lorenzo, que habitaba en la misma Cancillería, es uno de los primeros que acuden; acércase á la víctima.... ya era tarde, habia espirado.

En el mismo momento, uno de los gefes de la *Italia roja* decia en Bologna mirando á su reloj: “Acaba de realizarse un acontecimiento importantísimo; ya no tenemos nada que temer de Rossi.”

El asesino habia estudiado profundamente la manera de perpetrar su crimen, tanto, que nunca se ha visto puñalada mas hábilmente dirijida que la suya. Despues se supo que el matador se habia estado ensayando poco antes sobre un cadáver de uno de los hospitales de Roma (1).

(1) Habíase dicho que el asesino se llamaba Bruto Gergo, y no faltó un periódico que asegu-

Detengámonos ante este asesinato, y olvidemos la vida pasada del conde Rossi para no pensar mas que en su trágico fin. Tirar piedras á un cadáver valdria tanto como insultar á la humanidad, aun prescindiendo de que el caminante que ultraja á una víctima, mereceria que su sangre cayese sobre él gota á gota. Rossi sucumbió por haber despreciado las pasiones populares despues de haber sido en otro tiempo el ídolo de la anarquía; pero el homicidio le ha conquistado la admiracion de la posteridad, porque en su caída ciñó su frente una aureola, y el puñal se convirtió en laurel.

Informada la cámara de este odioso atentado, *escuchó todos sus pormenores*, segun nos han referido los periódicos progresistas, *con fria y severa majestad, separándose en seguida sin proferir ni una sola palabra: única conducta que podia seguir, porque no le quedaba mas recurso que el silencio para no ser víctima á su turno..... Ante la venganza del pueblo era forzoso inclinarse la cabeza (1).*

Tomemos testimonio de estas confesiones: si la *fria y severa majestad* de la cámara romana no fué una participacion tácita y secreta en el crimen, arguye por lo menos un *miedo innoble é infamante*. Este hecho es evidéntísimo.

El cuerpo diplomático se retiró en seguida; el ministerio presentó inmediatamente su dimision, y el cadáver del conde de Rossi fué trasladado á la iglesia de la Cancillería, despues de haber permanecido algunas horas en la habitacion del cardenal Gazzoli.

La noche se acercaba. ¡Horrible espectáculo! El populacho, unos cuantos gendarmes y dos ó tres dragones creyeron que debian asociarse al asesinato; y para tomar en cierto modo parte en el crimen, decidieron celebrar una fiesta en honor del asesino: una *piadosa solemnidad* como despues se la ha llamado (2).

¿Qué horrible procesion es esa que camina al resplandor de las antorchas por las calles de la ciudad? Son los caribes vencedores que llevando en triunfo el puñal homicida, lanzan estos infernales alaridos:

¡ Bendita sea la mano que ha herido á Rossi! ¡ Bendito el puñal que el mató!

Dos coroneles piamonteses llamados á Roma por la *Italia roja*, que á rase haber sido asesinado despues por orden de las sociedades secretas; pero estas doctrinas fueron falsas, porque segun parece se llama Felix Neri, y fué detenido en la oficina de pasaportes de Ancona en el acto de marchar á Grecia, hallándose actualmente en la cárcel. Falta ahora saber si no será este un nuevo error, pues nada hay aún definitivamente probado.

(1) Historia de la última revolucion romana, publicada por la Voix du Peuple en Febrero de 1850.

[2] Véase el periódico citado en la nota anterior.

la sazon se hallaban en el *Circolo* popular con el mayor Ravinetti y otros varios oficiales, se pusieron á la cabeza de los terroristas y los dirijieron en tumulto hácia el palacio que habitaba el presidente del consejo. Habia allí una viuda que lloraba inconsolablemente, é hijos entregados al colmo de la desesperacion; y era preciso ultrajar las lágrimas y el dolor de una familia, dando así una muestra de lo que significa la *fraternidad* revolucionaria.

“¡ Bendito sea el puñal que le mató!” grita la turba satánica, obligando á la viuda á iluminar sus balcones y á glorificar á sus verdugos.... Tan horrible bacanal duró hasta el amanecer del otro dia.

En el anterior habia llegado á Roma el famoso José Galetti, uno de los que entonces pensaban y escribian que “la muerte de Rossi habia salido del sufragio universal como espresion de una necesidad imperiosa.”

Mazzini escribia tambien estas palabras en una carta que vió la luz pública (1): *el asesinato de Rossi fué necesario y justo.*”

Galetti, nombrado comandante de los carabineros, vivia en la Minerva, y como hacia falta su aprobacion para coronamiento de la sangrienta y nocturna fiesta, corrieron á su casa el populacho y los soldados. El gefe de rebelion y de anarquía se presenta en el balcon y es acogido con frenéticas aclamaciones.

—“¡ Ciudadanos! esclama Galetti, ¿qué me quereis? ¡ Hablad!

—Que formeis un nuevo ministerio.

—Está bien: le tendreis; yo os lo prometo.

La desenfrenada muchedumbre saluda nuevamente con *hurras* de entusiasmo al que satisfecho y con la sonrisa en los labios acaba de sancionar la infamia.

¡ Reconociase, pues, públicamente que el atentado merecia recompensa, que la víctima fué justamente inmolada, y el sacrificio necesario! ¡ Hacíase la apoteosis del homicidio! La revolucion seguia su gloriosa marcha cumpliendo sus mas sagrados deberes; y bajo las sombras de aquella sangrienta noche no se oian en Roma mas que estos clamores: *¡ Bendita la mano! ¡ Bendito el puñal!*

¿Y qué hacia el ministro de la Guerra mientras que sus soldados contribuian de aquel modo á *nacionalizar* el asesinato? ¿Pensaba Regnano en vengar á su infortunado colega? No; el duque habia desaparecido.

En la mañana de la catástrofe, cuando se dirijia á la cámara en su carruaje, le dieron la noticia de la muerte de Rossi, y persuadido de

(1) Véase el Pueblo en Roma, folleto italiano de 1850.